

ENSAYO LITERARIO MEXICANO:

FILOSOFÍA Y CULTURA

AMADO M. GONZÁLEZ CASTAÑO*

Habiendo terminado la gratificante y deliciosa lectura de varios ensayos literarios de renombrados escritores mexicanos como Fray Servando Teresa de Mier (principio de siglo XIX), Justo Sierra, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Octavio Paz, Edmundo O'Gorman, y Salvador Novo, me surge la interrogante "¿Puede un ensayo literario mantenerse libre de influencias de otros géneros?"

Con objeto de trabajar en una respuesta a este cuestionamiento comenzaré con la definición de ensayo.

Muchos autores consideran el ensayo como un género relativamente moderno, pero en realidad podemos rastrear sus orígenes desde épocas remotas. Si bien algunos trabajos de escritores latinos como Cicerón, Séneca y Plutarco pueden ser considerados entre los prototipos del género, es al escritor francés Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592) a quien le debemos su creación esencialmente. El desarrollo de esta forma literaria es el resultado de la preocupación por el ser humano demostrada durante el Renacimiento, que estimuló la investigación del yo interno en concordancia con el mundo exterior.

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

Actualmente, se define como género literario, pero el ensayo, de hecho, se reduce a una serie de fárragos, muchas veces con carácter crítico, en los que el escritor plasma sus reflexiones sobre un determinado tópico, o incluso sin tema alguno. Sin embargo, lo que hace al ensayo diferente de los demás géneros literarios es su expresión propia: lo proyecta el término mismo, ensayo proviene del término del latín tardío *exagium*, que significa “acto de pesar algo” y también relacionado con “ensaye” prueba o examen de la calidad y bondad de los metales. Así, “ensayar” es pesar, probar, reconocer, examinar.

De esta manera, el ensayo es un escrito generalmente breve, sobre temas múltiples, y no lo define el objeto sobre el cual se escribe sino la actitud del escritor frente a este objeto, es el efecto de largas horas de meditación, reflexión, exploración y creatividad, es una aventura del pensamiento.

Una de las clasificaciones de los ensayos es su carácter formal o su carácter personal, y la otra es el tipo literario y el tipo científico. El ensayo por definición, es una concepción promotora de infringir las normas estéticas y morales, además comparte con el arte la originalidad y la belleza expresiva.

Luego, la concepción del ensayo, como el ensayo mismo, tiene su historia. Como género literario no siempre su concepto ha concurrido con su contenido real. Frecuentemente ha preponderado la liviandad definitoria y la elasticidad de enmarcar un concepto, con independencia de su correlato con la realidad y el ánimo de la persona que piensa, siente y actúa. Naturalmente, por tradición lógica hay que dar una definición, aunque se arruine lo definido. ¿Es esto una posición nihilista frente las definiciones lógicas? Claro que no, siempre y cuando se forjen en su relatividad aproximativa, como contacto con el objeto y a sus diversas conciliaciones que lo hacen complejo. Algo importante es considerar la especificidad del objeto y el sujeto que lo aprehende, es decir, seguir la lógica especial del objeto especial y su inserción histórico-cultural.

Por eso, los magníficos ensayistas —y nuestro continente es abundante en ello— no eluden las definiciones como punto de

partida del discurso analítico y sintetizador, pero las mejoran con las precisiones, la imaginación creadora y otras formas aprehensivas, incluidas la hermenéutica, la semiótica y el psicoanálisis en la configuración del discurso.

No constantemente el rigor lógico y los prejuicios formales que le son propios han reinado absolutamente con sus secuelas de autoridad. Sin embargo, el género ensayístico ha sufrido sus infortunados resultados. Se ha considerado ejercicio intelectual de menor grado. Medardo Vitier, mente de alto linaje de Cuba y América, lo enseña con pujanza decisiva:

[...] Kelly, el hispanista inglés, que tanto predicamento alcanza a virtud de su Historia, ni siquiera usa la palabra ensayo en las líneas que escribe sobre D. Miguel de Unamuno. Es cierto que fija la importancia de la figura, pues dice: "Es un talento múltiple: erudito, crítico, poeta [...]" pero no apunta la función del ensayista ni se detiene a ese respecto en otros coetáneos de Unamuno que con sus ensayos dan fisonomía a las letras españolas [...] Estudia los escritores románticos [...] mas de aquella concepción del mundo que comunicó tono inconfundible a la época literaria, no hay noticia [...] El ensayo es en ellos se refiere también a Ortega y Gasset— y lo ha sido para la sensibilidad española en estos decenios de la centuria, cosa orgánica, sustantiva, porque ha examinado, del novecientos acá, los motivos y valores del alma nacional.

Esta preferencia, por suerte, no se impuso. La concepción de que las fronteras entre los géneros literarios más que absolutas, son movibles, inconsistentes y relativas, se tornó en convicción y la noción del gran ensayista cubano, Juan Marinello, de que el tratado impone y el ensayo pone, abre vertientes de portentoso valor. Y es que el ensayo —sin desfavorecer los otros géneros literarios que desempeñan sus respectivas funciones en la literatura—, posee particularidades propias que enriquecen, intensifican y robustecen el pensamiento creador y el progreso humano. Su aspecto sociocultural antropológico con toques de espiritualidad escrutinadora, transforma en sólida creación la filosofía, la literatura, el arte, la sociología y todas las ciencias para ir con fuerza hacia la naturaleza del universo humano con relación a lo cultural y social.

En esencia, la base filosófica cultural que compendia y forma el núcleo del ensayo, facilita que el discurso que lo guía enlace las ciencias del hombre en estrecha unidad. Impide por su propia naturaleza, la especialización discursiva, que aunque en los tratados didácticos intente acabar los problemas en sistemas coherentes, enseña, pero no cultiva. Y la enseñanza es parte de la cultura, pero no la cultura misma, que implica por sobre todas las cosas sensibilidad humana, razón quimérica y conciencia crítica. Tres aspectos ineludibles para la formación humana. ¿Significa odio a los tratados? Manifiestamente no, pues organizan la mente, informan, sistematizan los conocimientos y valores heredados.

Célebres personajes de las letras y la filosofía, sin formularse, apelan al ensayo para enunciar su ser primordial y el devenir de sus sucesos temporales, intereses y fines humanos.

En México, la historia del ensayo, como manifestación también de la subjetividad humana, en eterna investigación de la progresiva espiritualidad y los problemas del hombre, con relación a la sociedad, encuentra grandes exponentes.

En América Latina, el ensayo aparece como exigencia histórico-cultural. Su propia disposición histórica y su furia de resistencia a no ser resonancia y sombra de culturas externas, decretan un enfoque crítico frente a su realidad y el desequilibrio que la custodia. Los letrados y su obra espiritual se transforman en autoconciencia de las esperanzas de identidad, con don de raíz mexicana y espíritu universal. Junto a esto podemos encontrar una forma inherente al hombre mexicano, al "hombre natural". Un ser lleno de imaginación e ilusiones que no tiene que luchar para dejar ver el realismo mágico y lo real maravilloso, ya que sus propias circunstancias lo evidencian.

Todo esto y otros importantes detalles respaldan la presencia de todo un séquito de ensayistas mexicanos, capaces de "ver con los vocablos y hablar con los tonalidades" y formular un discurso propio con imágenes y conceptos de gran valía pensativa e inspiración con cosmovisión.

En fin, lanzan su mensaje temático, uniendo filosofía y literatura como un todo armónico y con vertientes culturales de caudal excepcional.

En el ensayo de Alfonso Reyes “El enigma de Segismundo”, que es el mismo enigma de cualquier ser humano: ¿Qué crimen cometió contra los cielos, naciendo? Segismundo enfrentando el dilema de la predestinación y el dudoso límite entre el mundo real y el del ensueño, bajíos en los que estancan acaso la voluntad y la inteligencia. Alfonso Reyes no toma en cuenta aquí la creación literaria, a la que muchos años dedicó un admirable estudio: dilucida su contenido filosófico y puntualiza al personaje —en paralelo y a veces con el *Andrenio de Gracián*— como aquel cuyo ser es un hacer, especialmente un hacerse a sí mismo.

La opinión significativa de Juan Marinello de que el tratado dispone y el ensayo pone, da un enorme valor a la naturaleza expresiva y la interminable riqueza subjetiva de éste.

Dos rasgos primordiales proveen de especial característica al ensayo: la marca personal del escritor y la evolución no sistemática del tema. Ambos aportan el sentido filosófico-cultural al discurso: por la cósmica aprehensión del asunto y por la sensibilidad de expresión con que se asume.

Revisemos a manera demostrativa el verbo de José Vasconcelos, en su gran estilo ensayístico:

Precisamente, en las diferencias encontramos el camino; si no más imitamos, perdemos; si descubrimos, si creamos, triunfaremos. La ventaja de nuestra tradición es que posee mayor facilidad de simpatía con los extraños. Esto implica que nuestra civilización, con todos sus defectos, puede ser la elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todos los hombres. En ella se prepara de esta suerte la trama, el múltiple y rico plasma de la Humanidad futura. Comienza a advertirse este mandato de la Historia en esa abundancia de amor que permitió a los españoles crear una raza nueva con el indio y con el negro; prodigando la estirpe blanca a través del soldado que engendraba familia indígena y la cultura de Occidente por medio de la doctrina y el ejemplo de los misioneros que pusieron al indio en condiciones de generar en la nueva etapa, la etapa del mundo Uno. La colonización española creó mestizaje; esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir.

El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco, y exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica, más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia. Equivale, en grande, a los matrimonios incestuosos de los Faraones, que minaron la virtud de aquella raza, y contradice el fin ulterior de la Historia, que es lograr la fusión de los pueblos y las culturas. Hacer un mundo inglés; exterminar a los rojos, para que en toda la América se renueve el norte de Europa, hecho de blancos puros, no es más que repetir el proceso victorioso de una raza vencedora. Ya esto lo hicieron los rojos; lo han hecho o lo han intentado todas las razas fuertes y homogéneas; pero eso no resuelve el problema humano; para un objetivo tan menguado no se quedó en reserva cinco mil años la América. El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las stirpes.

Y se engendrará de tal suerte el tipo síntesis que ha de juntar los tesoros de la Historia, para dar expresión al anhelo total del mundo. Los pueblos llamados latinos, por haber sido más fieles a su misión divina de América, son los llamados a consumarla. Y tal fidelidad al oculto designio es la garantía de nuestro triunfo.

De los dos rasgos señalados —formas fundamentales del ensayo— se derivan otros, que no por secundarios, quitan valor al género. Todo lo contrario: ellos servirán para perfeccionarlos: la imaginación, influencia de los sentimientos, las imágenes, las emociones. El discurso opone resistencia al cierre, es sugestivo, provocador y con ello, colmado de iniciaciones y aprehensiones. El estilo es dócil, tentador e indulgente. Podemos hallar lugar para la relatividad, si bien tiende a lo espacioso, a lo absoluto por su concentración, fuerza espiritual y subjetiva. No esquivamos la objetividad, la responsabilidad, el deber, pero lo hace por vertientes culturales con agudo vuelo reflexivo.

Se concentra también en los pormenores, por ser objetos humanos, pero los empotra en la corriente que revive semillas dormidas. Hay pedagogía en el discurso, pero teñida de valor

filosófico-cultural. Por eso no es normativo, sino comunicativo. Parte del yo personal, pero como se dirige a la persona humana y a sus motivos capitales, hay respeto por el otro. Mana con intemperancia el mundo interior del escritor, con juicios, frases axiomáticas, ideas grandes por sus posibles aceptaciones e interpretaciones, metáforas, popularismos, etcétera, pero no siempre con fines egocentristas, sino para comunicar con encanto, hallar consentimiento y obtener empatía.

Es algo increíble ver en los ensayos de Alfonso Reyes, especialmente en la colección *Sirtes*, cómo nos da la armonía entre lo que dice y cómo lo dice, aunado a ello, un pensamiento tan profundo y una elegancia en el estilo.

No será nada difícil tropezar en sus trabajos con nuestro asunto con excelsa maestría. Voy a hacer uso de unas cortas citas de *Fragmentos del arte poético* donde nos expresa:

...quienquiera que seas, poeta o sabio, para quien el arte y la ciencia aparecen como una parte más de la vida, mezcladas en las experiencias diarias e inseparables de ella

¿Qué escribes ahora?

Escribo: eso es todo. Escribo conforme voy viviendo. Escribo como parte de mi economía natural. Después, las cuartillas se clasifican en libros, imponiéndoles un orden objetivo, impersonal, artístico, o sea artificial. Pero el trabajo mana de mí en un flujo no diferenciado y continuo.

Es legítimo observar en estas letras una confianza. Listo siempre a todo lo que la vida presente y pasada brinda, especialmente, su proceso reflexivo, y a cada cosa le encuentra detalle y médula. Cuando escribe el prólogo a sus *Memorias* dice: “El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano”.

Con esta cita, se completa la anterior, y muestra la pedagogía del discurso con su toque filosófico-cultural.

Aquí nos contenemos en el ensayo literario-filosófico, bueno, con gran maestría. Hay de ensayo a ensayo. Pero inspirado

en el espíritu de este género, nos dirigimos a lo grande, a lo más perfecto, a los que han ganado estatus paradigmático por su excelencia espiritual y su trascendencia. Es imposible pensar el ensayo en nuestro idioma sin recordar a Unamuno, Ortega y Gasset, José Martí, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Octavio Paz, José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña, Juan Marinello, Medardo y Cintio Vitier, entre tantos que lo han cultivado en España, en México y en nuestra América, con mucho fervor, capacidad y quehacer.

Estos grandes ensayistas, sin renunciar en muchas ocasiones a otros tipos de escrituras, como el tratado (texto didáctico, manual, etcétera), la monografía, la crítica, el discurso, el artículo, etcétera, han hecho del ensayo, más que un género literario, una gestión de creciente humanidad y eticidad concreta. Sus devociones fundadoras les han hecho posible el descubrir en el ensayo infinitos goces espirituales para esparcir al mismo tiempo ciencia y conciencia, razón y sentimiento, tan necesarios en la formación del hombre creador.

Bueno es dirigir, pero no es bueno —enfatisa José Martí— que llegue el dirigir a ahogar [...] Garantizar la libertad humana —dejar a los espíritus su frescura genuina, no desfigurar con el resultado de ajenos prejuicios las naturalezas (puras y vírgenes)— ponerlos en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada, he ahí el único modo de poblar la Tierra de una generación vigorosa y creadora que le falta. Las redenciones han venido siendo formales; es necesario que sean esenciales. La libertad política no estará asegurada mientras no se asegure la libertad espiritual. Urge libertar a los hombres de la tiranía, de la convención, que tuerce sus sentimientos, precipita sus sentidos y sobrecarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Este es uno de esos problemas misteriosos que ha de resolver la ciencia humana [...].

Esto nos da la explicación de por qué el ensayismo ha formado parte consustancial de los grandes humanistas, preocupados por la odisea del hombre y por revelar todo lo que favorezca al desarrollo humano. Explica por qué se incrementan con más fuerza en los momentos de crisis existenciales, en las etapas de

cambios y periodos transaccionales que más afectan al hombre, los valores y la cultura.

Es en sí mismo, el ensayo, una instrumento crítico de reflexión e indagación en torno a dificultades sensibles del hombre o relacionados con él. Un discurso, a veces con orla agonizante, en función de las complejidades que presenta la realidad humana y su acierto para elegir lo que humanamente se considera más racional por parte del escritor. Por eso en su interior hay una intencionalidad expresa que sella la lógica del problema, pero ajeno a fórmulas o esquemas planeados. Cada escritor tiene sus propios tecnicismos, pero matizados por su subjetividad inquisidora y su capacidad personal.

El ensayo, si es consecuente con su misión, no puede funcionar con inflexibilidad discursiva. Ante la revisión de valores, los esquemas sólo marchan en la creación de esquemas y resultan inútiles y poco interesantes. La intrepidez, la exposición al peligro y la bravura son atributos del buen ensayista. Como también lo son la elegancia, la tonalidad y el realce de las ideas.

Estamos en presencia —por supuesto, ante un ensayo literario—, pero la belleza ensayística expresiva no está reñida con el tema de objeto discursivo. La sensibilidad del escritor, su creciente humanidad y el devenir en sus cauces culturales, imprime razón estética. La coherencia armónica y su consecuente gusto estético como están insertos a una cultura de la razón y de sentimiento, despierta esa bondad, verdad y belleza que el hombre lleva dentro, que sólo espera por cauces humanos para revelarse.

Por eso, a mi juicio, lo filosófico-cultural es inherente al buen ensayo. Aún más: es su conciliación central. Porque concede el sentido de cosmovisión al hacer parte suya la subjetividad en sus características: conocimiento, valor, praxis y comunicación y al mismo tiempo, porque los piensa clavados en la cultura. Los valores humanos, que tanto privilegia el ensayo, sólo se mueven cuando se llenan de cultura, cuando son irradiados y encaminados por una cultura de la sensibilidad y la razón.

En fin, lo filosófico-cultural, inseparable del buen ensayo, involucra sabiduría crítica, razón quimérica realista y cultura de la sensibilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- BASAVE, Jr. *Unamuno y J. Ortega y Gasset. Un bosquejo valorativo*. México: México, 1950.
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis. *La presencia de Ortega y Gasset en el pensamiento mexicano*. Nueva Revista de Filología Hispánica 35.1 (1987): 197-221.
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis. *Teoría del ensayo*. México: UNAM, 1992.
- LIZASO, Félix. "Medardo Vitier", en su *Ensayistas contemporáneos. 1900-1920*. La Habana, Editorial Trópico, 1938.
- MARTÍ, José. *Obras Completas*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973.
- MARTÍNEZ, José Luis. *El ensayo mexicano moderno*. 2 Vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.
- MONTAIGNE, Michel de. *Œuvres Complètes*. Edición de A. Thibaudet y M. Rat. París: Gallimard [1580-1595]. 1962.
- PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Ediciones Cuadernos Americanos, México, 1950.
- PORTUONDO, José Antonio. *El ensayo y la crítica*. Universidad de La Habana, Cuba. 1967.
- REYES, Alfonso, *Notas sobre la inteligencia americana*, ensayo, México, 1936.
- ROIG, Arturo Andrés. *Ética y liberación: José Martí y el 'hombre natural'*, Mendoza, Argentina, 1998.
- VERGÉS, J. M. Miquel; Díaz-Thomé, Hugo, *Escritos inéditos de Fray Servando Teresa de Mier*. México: El Colegio de México, 1944.
- VITIER, Medardo. *Las ideas en Cuba. La filosofía en Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2002.

Internet

http://www.analitica.com/bitbliblioteca/alfonso_reyes/america.asp
http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/america/america.html
<http://www.cubaliteraria.com/autores/autor.asp?Nombre=Medardo&Apellidos=Vitier>
<http://www.ensayistas.org/critica/ensayo/>
<http://es.geocities.com/atxara/>
<http://www.geocities.com/Athens/Parthenon/2464/bio-vasconcelos.html>
<http://larevista.turemanso.com.ar/>
<http://www.colegionacional.org.mx/Paz.htm>
<http://publicaciones.cucsh.udg.mx/kiosco/2002/marti.htm>
<http://www.colegionacional.org.mx/Reyes.htm>
<http://www.colegionacional.org.mx/Vasconce.htm>
<http://www.prodigyweb.net.mx/jmrmex/jsm1.htm>